MENTIR CON PROVECHO.

Una mesa con recado de escribir,
Otra con enseres de costuras = Una
carta con sobre = Dos butacas = Un
taburete = Otro idem = Un timbre.
Tres cartas mas =

MENTIR CON PROVECHO

Comedia

EN UN ACTO Y EN PROSA

arreglada á nuestra escena

POR

LUIS VALDÉS

Estrenada con éxito en el Teatro de LARA, la noche del 12 de Marzo de 1887.

MADRID: 1887
IMPRENTA DE M. P. MONTOYA
San Cipriano, 1, bajo
esquina á la de Isabel la Católica

en no salir, no quiere trato con nadie; y claro, como no la he de llevar á cuestas, consigue su gusto. Pero no entrará monja como desea, porque aquí estoy yo para evitarlo. De algo me ha de servir la experiencia adquirida durante los tres viajes redondos que hice por el piélago matrimonial. ¡Y tan redondos; como que fueron de ida y vuelta! ¡En fin, pobrecitos maridos! Descansen en paz y pensemos en lo presente. El amor existe en todos los corazones, dormido ó despierto, y el de mi sobrina duerme como un lirón. Es preciso despertarlo. ¿Y cómo? Haciéndola creer que es amada. Con la vida retirada que llevamos, y con habitar fuera del ensanche, no se presentan ocasiones de que nadie le diga «buenos ojos tienes.» Pero no importa. Pegadito á nuestro hotel hay otro donde vive un joven guapo, rico y tan huraño, que, ni sale á paseo, ni jamás nos saluda, ni tiene otra diversión que regar las flores de su jardín con el agua de un pozo que utilizamos de mancomún. Demandé á mi vecino, reclamando la propiedad absoluta del pozo, y lo hice únicamente con el propósito de que, temiendo quedarse en seco, viniese á proponerme una transacción, con lo cual entablaríamos relaciones de amistad. Pero nada conseguí. Contestó por medio del procurador, y aunque ha perdido el pleito, prefiere apelar, antes que entenderse conmigo. Así pues, le escribo rogándole que me vea, porque las gentes hablando se entienden. Si viene, tendrá que defense por sí propio, sin abogado, y no me será difícil conseguir mi deseo.

ESCENA III.

DOÑA MANUELA.—CECILIA.

CEC. Aquí está la respuesta. (Entregándole una carta.)

MAN. Dame. (Leyendo.) «Muy señora mía: estoy á las »órdenes de usted, y pasaré á su casa cuando

»guste. Aprovecho esta ocasión... etc., etc.» (Con alegría.) Esto marcha!

CEC. (Parece que la agrada la contestación!) ¿Quiere usted algo más?

MAN. (Que estará escribiendo.) Aguarda. «Muy señor »mío: espero á usted hoy á la hora que mejor le »convenga. De usted atenta servidora... etcéte- »ra, etc.» (A Cecilia.) Corre y vuelve á llevar esta carta al vecino.

CEC. (Mirando por los cristales de la puerta que dá á la galería.) (¡Corre... corre!... Más pronto llegaría echándola á su jardín por este mirador.) (Vase.)

ESCENA IV.

DOÑA MANUELA, después LUISA.

MAN. (Sentándose en una butaca.) Pues, señor, el vecino ha caído en el lazo, y pronto le tendré entre mis uñas. (Llamando.) Luisa... Luisa...

LUISA. (Entrando.) ¿Llamabas?

MAN. (Aparentando emoción.) Siéntate á mi lado.

LUISA. (Se sienta en un taburete después de dar un beso á su tía.) ¡Qué cara tan triste!

MAN. No estoy alegre.

LUISA. ¿Te disgusta haber ganado el pleito?

MAN. Preferiría haberlo perdido.

LUISA. ¡Y que mis flores no se pudieran regar!

MAN. Con tal que el vecino no se acordase de nosotras...

LUISA. Tú le demandaste, reclamando la propiedad del agua que disfruta.

MAN. Al contrario; él fué quien reclamó la propiedad de la que disfrutamos.

LUISA. ¡Qué egoista!

MAN. Sin duda me puso el pleito esperando que yo le buscaría para transigir. No tuvo el gusto de que yo le buscase; y además, ha perdido el pleito en primera instancia.

LUISA. Que apele.

MAN. Ya lo hizo, y temo que venga á verme con el pretexto de arreglar el asunto.

LUISA. Con el propósito, querrás decir.

MAN. No, con el pretexto. ¡Si tú supieras!...

LUISA. Pues... ¿qué pasa?

MAN. Una cosa muy grave; muy grave, y no debo decírtela.

LUISA. Entonces... no me la digas.

MAN. Pero si me juras guardar el secreto...

LUISA. Lo guardaré.

MAN. Ese joven, nuestro vecino, está enamorado de tí.

LUISA. ¡Ave María Purísima!

MAN. Si te asustas, no digo nada.

LUISA. Sigue, sigue.

MAN. Su propósito es venir, hablarte y conquistar tu corazón.

LUISA. ¡Qué atrevimiento!

MAN. Como desea casarse contigo, nada tiene de extraño.

LUISA. Pero como yo no deseo casarme con él ni con ningun otro...

MAN. Ya lo sé. Y es una lástima, porque en esta casa hace falta un hombre.

LUISA. Los hombres no hacen falta en ninguna parte.

MAN. Hasta las monjas tienen un sacristán.

LUISA. Cásate tú.

MAN. Si tuviese tu edad, y me pretendiese un joven guapo, rico y de buenas costumbres como nuestro vecino, me casaría, porque el matrimonio fué instituido por Dios. Pero ya he frecuentado bastante ese divino sacramento.

LUISA. (Con admiración.) ¡Tres veces!

MAN. ¿No hay quien se confiesa y comulga todos los días?

LUISA. ¿Cómo sabes que el vecino está enamorado de mí?

MAN. Pues... Pero no te lo debo contar.

LUISA. ¿Por qué no?

MAN. Las muchachas que se educan en los conventos, son muy habladoras.

LUISA. He prometido callar, y lo cumpliré. (Doña Manuela se levanta y señala la puerta de cristales. Luisa se levanta también.)

MAN. ¿Ves ese gran castaño de Indias que está en el jardín del vecino, frente por frente de nuestro mirador?

LUISA. ¡Es muy hermoso!

MAN. Pues todas las mañanas, un poco antes de que tú salgas á la galería para limpiar la jaula de los pájaros, él se sube al árbol, y escondido entre las ramas, te contempla á su gusto.

LUISA. ¡Qué traición!

MAN. Es natural que desée verte lo más cerca posible.

LUISA. ¡No señora, no señora! Cuando salgo á limpiar los pájaros, estoy despeinada y á medio vestir. ¡Ese hombre no tiene conciencia!

MAN. Aún falta lo peor.

LUISA. ¿Peor que eso? Imposible.

MAN. Hace tres días, estando yo sola en esta habitación, observé que arrojaron dentro un papel, atado con una cinta verde á un racimo de castañas.

LUISA. ¡Bonito regalo!

MAN. Las castañas servían de lastre, y el papel era una delaración amorosa. (Metiéndose una mano en el bolsillo.) (Aquí traigo, á prevneción, una que me hicieron hace muchos años.) (Alto y sacando la carta.) Mírala.

LUISA. No quiero verla.

MAN. Está en verso. Oye. (Lee.)

«Señorita desdeñosa,
»más hermosa
»que las flores del pensil,
»yo te admiro, como á estrella
»de luz bella
»que fulgura en el cenit.
»Te idolatro, mi tesoro,
»como el moro
»á su Dios y su alcorán;
»por tí vivo, por tí muero,
»y un sí espero
»de tus labios de coral.»

LUISA. Basta, basta. Arroja por la galería ese papel, con el moro y las castañas.

MAN. Y si viene el galán, ¿le arrojamos también?

LUISA. ¿Crees que se atreverá á venir?

MAN. ¡Vaya si lo creo!

ESCENA V.

DICHAS.—CECILIA.

CEC. (Entrando por el foro.) Señora, don Gonzalo de Linares, nuestro vecino, ha entrado en el jardín, y desea ver á usted.

MAN. (A Luisa.) Ahí le tienes.

LUISA. ¡Que osadía!

MAN. No te apures. Ya sé lo que debo hacer.

LUISA. ¿Le vas á recibir?

MAN. Para desengañarle y ponerle de patitas en el arroyo.

LUISA. Bien lo merece; pero...

MAN. ¿Pero qué?

LUISA. Dirá que no tenemos educación.

MAN. Diga lo que quiera. ¿Prefieres que le ofrezca la casa y que le tengamos aqui de tertulia á todas horas?

LUISA. No, no; eso no.

MAN. Como tú ódias el matrimonio, nada se arriesgaría con que ese joven nos visitase; pero quien quita la ocasión quita el peligro. Mejor es que se esté en su casita y nosotras en la nuestra.

LUISA. Con tal de que no se suba...

MAN. ¿A la parra?

LUISA. Al castaño.

MAN. Yo le diré que vás á ser monja, y te olvidará.

LUISA. No le hables nada de mi!...

MAN. Sería una falta de atención ocultar el justo motivo que me obliga á negarle nuestro trato.

LUISA. Pues no le recibiremos. Cecilia, dí á ese caballero que no estamos en casa.

MAN. No; dile que pase. (Vase Cecilia.)

LUISA. ¡Me escapo! (Vase precipitadamente.)

ESCENA VI.

DOÑA MANUELA.—A poco GONZALO.

MAN. ¡Huye! Me parece que la futura monja está en un tris de perder la vocación.

GONZ. (Desde la puerta.) ¿Da usted su permiso?

MAN. Adelante.

GONZ. (Entra y saluda.) Señora...

MAN. (Sentándose.) Tome usted asiento.

GONZ. Gracias; estoy bien así.

MAN. Como usted quiera. Hablaremos de pié. (Se levanta.)

GONZ. ¡Oh, no! (Toma una silla y se sienta algo distante.)

MAN. (Sentándose.) Si no se aproxima usted más, vamos á necesitar un teléfono.

GONZ. ¡Ah, sí! (Se aproxima.)

MAN. Extraño le parecerá á usted que habiéndole vencido en primera instancia, le llame para transigir.

GONZ. He apelado de la sentencia.

MAN. Pero no ha podido usted presentar títulos de propiedad, y yo sí.

GONZ. Tengo la posesión inmemorial, que es lo mismo.

MAN. ¿La posesión inmemorial, y hace diez años que el solar de su casa de usted estaba inculto por falta de agua?

GONZ. Producía melones.

MAN. Melones de secano.

GONZ. Y tomates, y patatas, y judías, y escarola, y rábanos...

MAN. ¡No más hortalizas! Sepa usted que he decidido reconocerle su derecho al agua que hoy disfruta.

GONZ. ¿Quiere usted decirme lo que exige de mí á cambio del reconocimiento?

MAN. Un poco de gratitud.

GONZ. ¿Nada más? De manera que ha pleiteado usted conmigo sin otro objeto que poder dispensarme un favor.

MAN. He pleiteado con usted buscando su amistad y confianza.

GONZ. ¡Vaya una manera de buscar amigos!

MAN. Y deseaba hablar con usted por razones tan poderosas como difíciles de explicar.

GONZ. No comprendo...

MAN. Muy difíciles, señor don Gonzalo, porque se trata... Pero, no, no lo diré aun cuando me consta que es usted todo un caballero, muy juicioso, y que, á pesar de sus pocos años, vive como un anacoreta.

GONZ. Ya que no puede usted explicarme esas poderosas razones, me retiro. (Se levanta.)

MAN. Espere usted un instante. (Toca el timbre y sale Cecilia.)

ESCENA VII.

DICHOS.—CECILIA.

GONZ. (¿Qué misterios serán estos?)

MAN. Cecilia, ¿cómo se encuentra la señorita?

CEC. Está en su tocador.

MAN. ¿Se ha levantado? ¡Qué locura! Vete y dile que tome una taza de tila! (Vase Cecilia demostrando extrañeza.)

GONZ. ¿Tiene usted una hija?

MAN. Tengo una sobrina huérfana, único pariente que me queda en este mundo. ¿La conoce usted?

GONZ. No recuerdo haberla visto.

MAN. Pues es muy linda; y sobre todo, una santa, y muy amable, aunque ódia las diversiones.

GONZ. Como yo.

MAN. Y la disgustas el trato de gentes.

GONZ. Como á mí.

MAN. La quiero tanto, que daría mi vida por su felicidad. La pobre está enferma; pero no se le conoce en la cara.

GONZ. (Con interés.) ¿Qué padece? Yo entiendo algo de medicina.

MAN. Ay, amigo mío, muestra usted tal interés, que al fin acabaré por decirle mi secreto.

GONZ. Haga usted lo que guste.

MAN. Júreme usted que no dirá á nadie lo que le voy á confiar.

GONZ. Me precio de ser muy reservado.

MAN. Reclamo su bondad y su abnegación.

GONZ. (De seguro que va á decirme alguna tontería.)

MAN. Los espíritus alegres y comunicativos, como se distraen con todo, no se fijan en nada; pero los melancólicos y ensimismados, cuando conciben un pensamiento, le dedican toda su atención y un culto preferente.

GONZ. (¡Buena introducción! Parece que está en el Ateneo.)

MAN. Y si aquel pensamiento es amoroso, no hay para tales espíritus otra vida que amar, ni otro ídolo que el objeto amado. Esto le pasa á mi sobrina.

GONZ. ¿Está enamorada?

MAN. Locamente enamorada... de usted.

GONZ. (Muy sorprendido.) ¿De mí!

MAN. Antes cuidaba de sus pajaritos y atendía á sus labores,—porque es muy hacendosa,—pero hoy no hace nada: ni duerme, ni tiene apetito, ni me atiende si la hablo... En fin; parece una estátua.

GONZ. Eso no prueba que sea yo la persona...

MAN. (Levantándose.) Ve usted esa galería que da á su jardín? (Gonzalo se levanta.) Pues todas las mañanas, cuando sale usted á cuidar de las flores, ella se coloca detrás de los visillos y le contempla embelesada hasta que usted se retira.

GONZ. Lo siento. Figúrese usted que mi traje de jardín es una blusa grís de...

MAN. De pallaca se llama.

GONZ. ¿De pallaca? Bueno; de eso, y un hongo blanco muy ridículo.

MAN. A mi sobrina le parece usted un Adonis.

GONZ. Un Adonis vestido de barrendero.

MAN. ¡Pobre Luisa! Me da compasión, y espero que usted pondrá remedio al daño que involuntariamente ha causado.

GONZ. (¿Si querrá casarme con la sobrina?)

MAN. Ojos que no ven corazón no quiebran; y si esa

desgraciada perdiese á usted de vista durante algunos años, acabaría por olvidarle.

GONZ. No me parece mal.

MAN. Pues de usted depende el que pueda aplicarse la medicina.

GONZ ¿Pretende usted que me mude á otro barrio?

MAN. Bastaria con que no saliese usted al jardín.

GONZ. ¡Señora! Más sencillo es que condene usted su galería, tabicando esa puerta

MAN. Imposible. No tengo otro sitio donde tomar el sol.

GONZ. Ni yo otra diversión que mis flores.

ESCENA VIII.

DICHOS.—LUISA.

LUISA. (Mejor peinada y más compuesta. Desde la puerta fingiendo sorpresa.) ¡Ay! Creí que ya se había marchado este caballero. (Entra.) Si estorbo...

MAN. (Afectando turbación.) Sí... no... (Yo sí que estoy de más.)

GONZ. (¡Pues es muy bonita!)

LUISA. (¡Vaya si es guapo!)

MAN. (A Luisa.) Te presento á nuestro vecino don Gonzalo de Linares, que se marcha al cabo de Buena Esperanza, y viene á despediese de nosotras.

GONZ. A la quinta de la Esperanza querrá usted decir, que es donde voy de cuando en cuando en busca de plantas y semillas.

MAN. Lo mismo da.

ESCENA IX.

DICHOS.—CECILIA.

CEC. (Entrando por el foro.) Señora; el procurador ha venido y espera en el despacho.

MAN. Señor don Gonzalo, mi sobrina y yo le deseamos un feliz viaje, y siento que nuestra primera en-

trevista deba ser la última. Beso á usted la mano. (Se dirige á la puerta de la derecha.)

GONZ. A los piés de usted (Saludando y dirigiéndose á la puerta del foro.)

MAN. (Aparte y yéndose.) Se marcha; pero ya está echado el anzuelo. (Vase.)

ESCENA X.

GONZALO.—LUISA que se sienta junto á la mesa de costura y emprende alguna labor.

GONZ. (Desde la puerta del foro.) (¡Pobre muchacha! He sido un grosero con ella... pero nadie me impide justificar mi conducta.) (Se acerca pausadamente hasta llegar cerca de Luisa.)

LUISA. (Se fué sin decirme una palabra. ¡Qué tímido es!)

GONZ. Señorita...

LUISA. ¡Ay!

GONZ. Perdone usted. Vuelvo porque he olvidado decir á su tía una cosa importante.

LUISA. Poco tardará en venir.

GONZ. Esperaré. No tengo prisa.

LUISA. Tome usted asiento.

GONZ. Gracias. (Se sienta.)

LUISA. (Quisiera marcharme; pero sería descortés, y me da lástima.)

GONZ. (No sé como empezar.) (Después de una pausa.) ¿Se llama usted Luisa?

LUISA. Sí.

GONZ. ¡Cómo me gusta la yerba!

LUISA. ¡Eh!

GONZ. La yerba Luisa. (Después de una pausa.) Señorita, yo soy muy franco y muy leal. Confieso que nada tengo que decir á su tía.

LUISA. (Mirándole.) Entonces, ¿por qué se ha quedado usted aquí?

GONZ. Deseo hablar con usted; y si quiere usted escucharme...

LUISA. (Aparte y mirando á su labor.) (Va á declararme su amor. ¡Qué compromiso!)

GONZ. Parece mentira que viviendo tan cerca el uno del otro, no nos hayamos tratado hasta hoy.

LUISA. Yo no conocía á usted.

GONZ. (Con intención.) Pues ando por el jardín todas las mañanas, y usted no dejará de entrar alguna vez en esa galería.

LUISA. Cuando cuido á mis pájaros. Pero entonces no atiendo á otra cosa.

GONZ. ¡Ya! Lo mismo me sucede á mi cuando riego las flores.

LUISA. (¡Qué embustero! ¡Y se sube en el castaño!)

GONZ. Siendo este nuestro primer conocimiento, no puede haber entre nosotros ninguna prevención de simpatía ni antipatía.

LUISA. Así parece.

GONZ. Con todo, yo sé de dos personas que jamás se habían tratado ni visto, y que sin embargo una de ellas tuvo la desgracia... la dicha... no; la feliz desgracia de inspirar á la otra un... un... un dulce afecto.

LUISA. (Mirando su labor.) La persona apasionada habría oido hablar de la otra con encomio... (Avergonzándose.) Pero las alabanzas no siempre son merecidas.

GONZ. Perdone usted. (Ofendido y levantándose.) La persona querida, si no merece grandes alabanzas, es un hombre digno y honrado.

LUISA. (Levantándose también ofendida.) Perdone usted. La persona querida, aunque no merezca alabanzas, es una mujer honesta, y no ama á nadie.

GONZ. Se trata de un hombre.

LUISA. Se trata de una mujer. Conozco la historia.

GONZ. De un hombre, visto á través de los visillos de una galería.

LUISA. De una mujer, acechada desde la copa de un castaño de Indias.

GONZ. Yo no acostumbro á acechar á nadie.

LUISA. Yo tampoco. (Pausa.)

GONZ. Me parece que somos víctimas de un engaño, y es preciso aclarar este enredo.

LUISA. ¿Qué interés tenía usted en hablarme?

GONZ. Ninguno más natural, creyéndome favorecido con la predilección de una joven tan bella.

LUISA. Ha creído usted mal. ¿Quién le ha contado eso de los visillos?

GONZ. No puedo decirlo. ¿Y á usted lo del castaño?

LUISA. He jurado guardar secreto.

GONZ. Puesto que nos han engañado, bien podemos descubrir al autor, jurándonos mútuamente no confesar á nadie que hemos faltado á la reserva prometida.

LUISA. Convenido.

GONZ. Pues juremos. (Alarga su mano á Luisa.)

LUISA. (Estrechando la mano de Gonzalo.) Lo juro.

GONZ. Y yo. Ahora hable usted.

LUISA. Los dos á un tiempo.

GONZ. Sea.

LUISA. A la una, á las dos y á las tres.

GONZ. Su tía de usted... } (Se paran sorpendidos.)
LUISA. Mi tía... }

GONZ. Me dijo que usted me amaba. } (Nueva sorpresa)
LUISA. Me dijo que me amaba usted. }

GONZ. ¡Qué embuste!

LUISA. ¡Qué falsedad!

GONZ. ¿Luego no me quiere usted, ni mucho, ni poco?

LUISA. Ni nada. Como usted á mí.

GONZ. Yo... no tenía el gusto de conocerla, y...

LUISA. ¡Se han burlado de nosotros!

GONZ. Esta burla pide venganza.

LUISA. ¿Cuál habrá sido la intención de mi tía?

GONZ. ¿Quién sabe? Tal vez para que usted y yo, creyéndonos amados el uno del otro, acabáramos por amarnos de veras.

LUISA. Entonces la mejor venganza es aborrecernos.

GONZ. ¡Qué ocurrencia! Su aborrecimiento de usted sería para mi un castigo que no merezco.

LUISA. Pues hagamos una alianza ofensiva y defensiva contra el enemigo común.

GONZ. Eso es; aliémonos íntimamente.

LUISA. Pero sin amarnos.

GONZ. Por supuesto.

ESCENA XI.

DICHOS.—DOÑA MANUELA.

MAN. (Desde la puerta.) (¡Juntos! ¿Qué habrá pasado?) (Entra y dice á Gonzalo.) ¿Todavía aquí?

GONZ. (Con sequedad.) Ya lo ve usted.

MAN. ¿También tú?

LUISA. También yo. (Con retintín.)

MAN. Lo celebro, porque habrán podido ustedes explicarse.

GONZ. Sí, señora; y gracias á nuestras explicaciones he podido averiguar, después de hacer el oso, que esta señorita no me ama.

LUISA. Y yo, que éste caballero no se acordó nunca del santo de mi nombre.

MAN. Mas vale así; y es una felicidad que exista entre ambos igual correspondencia.

GONZ. (¡Se está divirtiendo á costa nuestra!)

LUISA. Mejor hubiera sido no necesitar semejantes explicaciones. Me retiro á mi cuarto. (Vase por la derecha.)

ESCENA XII.

DOÑA MANUELA.—GONZALO.

MAN. (¡Se descubrió el pastel! Veremos como salgo del enredo.) ¿Qué espera usted?

GONZ. Necesito una reparación.

MAN. ¿No le basta á usted con el desengaño?

GONZ. No señora. Confiado en sus noticias, me he puesto en ridículo, recibiendo un desaire cruel.

MAN. Poco debe importarle el desaire de mi sobrina, puesto que no la ama.

GONZ. ¿Por qué me ha engañado usted?

MAN. No puedo decirlo.

GONZ. Pues no me iré de aquí sin saberlo.

MAN. Me iré yo.

GONZ. Seguiré á usted donde quiera que vaya.

MAN. ¿Y si le digo otro embuste?

GONZ. Será un pretexto tan injustificado que no lo creeré.

MAN. El motivo que tuve para engañarle es de tal naturaleza, que no puedo confesarlo.

GONZ. Ahora tengo más curiosidad.

MAN. Nadie en mi lugar se lo diría.

GONZ. Hable usted.

MAN. Nunca.

GONZ. Ahora mismo.

MAN. ¡Por caridad!

GONZ. O referiré á todo el mundo lo que ha pasado.

MAN. No... no. (Pausa.) Pues bien; la persona enamorada de usted no es Luisa... es otra.

GONZ. ¿Otra que habita en esta casa?

MAN. (Fingiendo ternura y pudor.) La persona que se embelesa contemplando á usted cuando riega las flores, á pesar de la blusa gris de pallaca y del hongo de barrendero... soy yo. (Echa á correr cubriéndose el rostro con ambas manos, y se va por la izquierda.)

ESCENA XIII.

GONZALO.

¡Zambomba! No sé que es peor: si el desaire de una joven ó el amor de una vieja. ¡Pschs! Más vale ser amado que aborrecido. Y luego que la tía se conserva muy bien; pero ya va caminando al estado de mómia, mientras que Luisa se encuentra en el abril de la vida; es muy bella, y su desdén ha despertado en mi corazón un sentimiento desconocido. Aquí viene.

ESCENA XIV.

GONZÁLO.—LUISA.—Después CECILIA.—Luisa sale con una carta en la mano y toca el timbre sin reparar en Gonzálo. Cecilia aparece por el foro.

LUISA. ¿Dónde se habrá metido esa muchacha?

CEC. Aquí estoy.

LUISA. (Dándole la carta.) Que lleven esta carta al convento de las Salesas. Es para la superiora.

CEC. Bien está. (Vase.)

LUISA. (Viendo á Gonzálo.) ¡Ah! ¿Usted aún?

GONZ. Luisa: he ofendido á usted creyendo que me amaba, y espero que me perdone.

LUISA. Estamos iguales. Yo tambien he creido que era amada por usted.

GONZ. Mi credulidad no tiene disculpa, y la de usted sí.

LUISA. ¿Por qué?

GONZ. Yo no poseo atractivos que puedan fijar la atención de las mujeres, ni merezco la dicha de ser amado, mientras que usted enamora necesariamente á cuantos la miren.

LUISA. Gracias por la lisonja.

GONZ. Digo la verdad y lo que siento.

LUISA. Pues antes dijo usted que no me amaba.

GONZ. No la amaba porque no la conocia; pero ya la quiero con todo mi corazón.

LUISA. Usted se engaña, y desearé que se desengañe.

GONZ. ¿Tanto la molesta á usted mi cariño? Si usted me correspondiese serian una realidad los ensueños que suponiamos á su tía.

LUISA. Imposible. He decidido encerrarme para siempre en el convento donde me eduqué, y acabo de escribir á la superiora participándola mi resolución.

GONZ. Necesitará usted el consentimiento de su tía.

LUISA. Sin duda, porque es mi tutora.

GONZ. Pues no espere usted conseguir su permiso.

LUISA. ¿Por qué?

GONZ. Porque su tía de usted hará lo que yo la mande, y yo la prohibiré que consienta semejante locura. ¡Encerrarse para siempre en el convento una muchacha tan bonita, que puede hacer la felicidad de un hombre... como yo!... No lo consentiré aunque tenga que cometer una barbaridad.

LUISA. ¡Buen caso hará mi tía de la oposición de usted!

GONZ. ¡Vaya si hará caso! Mi influencia es muy grande.

LUISA. Me hace usted reir.

GONZ. No se reirá usted de mí cuando me vea casado con su tía; y me casaré con ella.

LUISA. ¿Qué se casará usted con mi tía?

GONZ. Con su tía de usted y con todas las del mundo, si no hallo otro medio de impedir que sea usted monja.

LUISA. (Picada.) Falta que mi tía quiera casarse con usted.

GONZ. ¿No me cree usted digno de merecer el amor de una jamona?

LUISA. Creo á usted digno de ser estimado; pero mi tía tiene demasiado juicio para cometer el disparate de casarse con un joven.

GONZ. Pues acaba de confesarme que está enamorada de mí. Se casará conmigo.

LUISA. ¡Qué desatino!

GONZ. Aquí viene mi futura esposa.

ESCENA XV.

DICHOS. — DOÑA MANUELA.

MAN. (A Gonzalo, como avergonzada.) Caballero: no esperaba encontrar á usted en mi casa después de las explicaciones que han mediado entre nosotros, y le ruego que se retire.

GONZ. Perdone usted, señora; esas explicaciones me autorizan, no sólo para detenerme, sino hasta para quedarme á vivir siempre en ella.

MAN. (Con amoroso pudor.) Suplico á usted que se retire.

GONZ. (Con ridícula exageración.) No destruya usted con esta cruel despedida la dulcísima esperanza que hizo brotar en mi corazón. Desde que sus palabras resonaron en mis oidos, siento que arde en mi pecho una llama que me consume.

LUISA. (Ofendida.) (¡Qué situación tan ridícula!)

MAN. (Mirando de reojo á su sobrina.) Yo no estoy en edad de encender llamas, ni siquiera lamparillas.

GONZ. Nadie tiene más edad de la que representa.

MAN. Tengo cuarenta años... y pico.

GONZ. No importa. Somos en el reloj de la vida, usted la péndola niveladora, y yo el impulso que la mueve.

MAN. (¡La péndola!...)

LUISA. (¡Qué tonto!)

GONZ. ¿Quiere usted ser mi esposa?

MAN. ¡Jesús! (Avergonzada.)

LUISA. (Ahora le manda á paseo. Me alegro.)

GONZ. Quien calla, otorga.

MAN. Yo no he dicho que sí... (Con aparente cortedad.) ni que no...

LUISA. (¿Será posible que mi tía!...)

GONZ. Para casarme con usted sólo exijo una condición.

MAN. ¿Cuál?

GON. Que no autorice usted á Luisa para ser monja

MAN. ¿Por qué razón?

GONZ. Porque... porque deseo vivir á su lado, verla todos los días, y quiero ser su tio para acariciarla.

LUISA. (Con despecho.) ¡Yo no necesito sus caricias! ¡Y si me prohiben entrar en el convento huiré de esta casa!

MAN. Por Dios, Luisa, todo menos eso. Entrarás monja

GONZ. Entonces no me caso con usted.

MAN. Si no se casa usted conmigo, ¿á qué viene aquello de la llama, de la péndola y del impulso?

GONZ. (Con severidad.) Mi señora doña Manuela, hace media hora que se está usted burlando de mí, con la mejor intención, es verdad; pero si bien ha conseguido que me enamore de Luisa, ella me aborrece, y para complacerla me retiro, abandono mi hotel, reniego de las flores, maldigo el pleito del pozo, y me voy á Filipinas ó á la Siberia.

LUISA. (Con timidez.) Yo no aborrezco á nadie.

GONZ. Pero nos amenaza usted con huir de esta casa, por no estar á mi lado.

LUISA ¡Por no llamarle tio!

MAN. Pues dale otro nombre más dulce; llámale esposo.

LUISA. ¿Yo?

MAN. Estoy leyendo en tus ojos el deseo de darle ese nombre.

LUISA. ¡Tía!...

MAN. No hay tu tía.

LUISA ¿Y qué dirá la superiora del convento?

MAN. He recogido yo la carta.

LUISA. ¡Ah! ¡Cómo ha de ser! ¡Una monja menos!

GONZ. (¡Y una madre más!) (Cogiendo las manos á Luisa) ¡Luisa querida!... (La besa una mano.)

MAN. (Con júbilo.) ¡Triunfé!

(Al público.)

Aunque mentir es mal hecho,
dadnos vuestra absolución;
pues fué buena la intención,
y sé mentir con provecho.

TELON.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martin*, Puerta del Sol, 6; de *don M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutemberg*, calle del Príncipe, 14; de los *señores Simon y C.ª*, calle de las Infantas, 18; de *Escribano y Echevarría*, Plaza del Angel, 12; de *Hermenegildo Valeriano*, calle de San Martín 2, y Sres. González é hijos, Puerta del Sol, 9.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

EXTRANJERO.

FRANCIA: Librería española de *E. Denné*, 15, rue Monsigni, París. PORTUGAL: *D. Juan M. Valle*, Praça de D. Pedro, Lisboa y *D. Joaquin Duarte de Mattos Junior*, rua do Bomjardin, Porto. ITALIA: *Cav. G. Lamperti*, Via Ugo Fóscolo, 5, Milan.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.